

MAINER BAQUÉ, Juan: *Consagrar la distinción, producir la diferencia. Una historia del Instituto de Huesca a través de sus catedráticos (1845-1931)*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2020, 445 pp. ISBN: 987-84-8127-20.

Si fuera inevitable sintetizar mi reseña de esta obra de un solo golpe diría que se trata de una microhistoria de un instituto de Bachillerato y de sus catedráticos dentro del marco más amplio del modo de educación tradicional elitista y del campo profesional correspondiente. Como hoy es bien sabido, la intersección de lo micro y lo macro es prenda muy preciada y consustancial a algunas de las mejores aportaciones historiográficas. El texto de Juan Mainer, catedrático durante muchos años del Instituto Ramón y Cajal, objeto de su pesquisa, cruza lo micro y lo macro, valiéndose de las valiosas bazas de su vasta experiencia profesional y de su espléndido y atestado oficio de historiador, que le conducen a elucidar las reglas subyacentes, el canon histórico, del devenir del cuerpo docente vertebrador de la enseñanza secundaria durante el siglo XIX y buena parte del XX. Como sea que nada es sin antes haber sido, la prospección de nuestro autor toca, con la pericia y habilidad de consumado pianista, la tecla genealógica de la sociogénesis de los centros de bachillerato y el cuerpo de profesores que, guardianes de la rutina y esclavos de la tradición, generaron una tradición, un código o canon de comportamiento profesional y social. Su brillante biopsia de una muestra relevante de esta realidad, su historia ceñida a un espacio muy particular de la educación española, buscan y consiguen desentrañar la contextura del tejido que da sentido de totalidad a lo analizado y vivido a escala particular.

Tras la lectura de este libro, de súbito me vino a la mente lo que Ortega y Gasset, en 1912 con motivo de la glosa

de una nueva creación de Azorín, decía: «¿Qué es un libro? Lo que un hombre hace cuando tiene un estilo y ve un problema. Sin lo uno y sin lo otro no hay libro... el problema es la víscera cordial del libro». En verdad, este libro del profesor Mainer derrama y cumple con creces esas exigencias demandadas por el egregio filósofo madrileño. El texto posee un estilo de trabajo y un arte literario que no abundan en las a menudo tediosas indagaciones sobre la historia de la educación, en las que la prosa del autor o autora pareciera como camino empedrado de tópicos gratuitos, fórmulas huecas y construcciones gramaticales ayunas de creatividad. Por el contrario, hay en esta ocasión una vocación de estilo, voluntad que Nietzsche esgrimiera en su tiempo como manifestación dionisiaca de la alegría y amor al conocimiento. Ese punto de *amor intellectualis*, que distingue al mero funcionario de la pluma del que considera que el conocimiento de lo humano obedece a una intensa pulsión desiderativa, empa a un muy laborioso ejercicio de investigación, repleto de horas y horas a pie de archivo y de consulta tediosa de los artilugios que hoy nos hacen llegar hasta nosotros la fuentes de conocimiento histórico.

Ahora bien, como aconsejan el buen juicio y la prudencia de todo esmerado cultivador de Clío, su quehacer no consiste solo en dar forma artística a un trabajo de más de diez años de fermento y sedimentación, sino que la razón última del mismo se inscribe en una explícita intención crítica acerca del objeto estudiado, tanto en el presente como en el pasado, tal como se sostiene ya en la introducción: «Pensar la educación como problema social y problematizar las instituciones como sujetos históricos». Así, pues la voluntad de estilo acompaña y se supedita a la formulación problemática, no en vano, como dijeran los ya clásicos de la historiografía, sin problema no hay historia. En este caso, basta acudir al título

para atisbar, salvando con indulgencia esa tópica concesión foucaultiana a su formulación en infinitivo, para colegir que *Consagrar la distinción, producir la diferencia...* no es etiqueta meramente descriptiva, sino que alude a una tradición crítica acerca del significado de la institución escolar en la era del capitalismo. De tal modo, la historia de un instituto de Bachillerato y de los catedráticos que en él ejercieron es algo más que una descripción evolutiva, como si de un fenómeno de la naturaleza se tratara. Por contra, siguiendo una estela teórica y heurística hoy un tanto orillada, como la que representara en su día Carlos Lerena, con su libro *Reprimir y liberar* (1983), Juan Mainer estudia y presenta la educación secundaria y sus catedráticos como figuras emanadas en el curso de una construcción sociohistórica regida por relaciones de necesidad y pertinencia respecto al ámbito de la cultura y del conjunto de la sociedad de un época. En una palabra, busca el profesor Mainer no solo aportar luz sobre un pasado cada vez más lejano, sino, siguiendo el habitual uso de Fedicaria, plataforma de docentes de pensamiento crítico, de la que es miembro cofundador, problematizar el presente pensando históricamente.

Claro que un trabajo de investigación social como este no debe ser juzgado solo ni principalmente por el grado de disconformidad y desacato de su autor con el objeto estudiado. El afán crítico no ha de ser una mera secreción subjetiva, indigesta, tediosa y superficial sobre la maldad del mundo. Por el contrario, no hay crítica sólida sin una depurada inmersión en las teorías y los métodos de las ciencias sociales y, en el caso del historiador que nos ocupa, sin una incesante pesquisa y recopilación de un extensa panoplia de fuentes primarias y secundarias, de datos e informaciones obtenidas tras un minucioso, tenaz y paciente recorrido por archivos nacionales, locales y otros reservorios de información. Y todo ello,

cabe decirlo aquí, sin requerir el amparo de institución académica alguna y sí al socaire de un modelo de investigación fundado en dos resortes propulsores, a saber, su acreditada práctica de la profesión docente y su extensa participación en espacios extracadémicos de estudio, intercambio y difusión de pensamiento guiado por la racionalidad crítica.

Dentro de Fedicaria, plataforma de profesorado del pensamiento crítico que se remonta a 1995, se crea en 2002 el Proyecto Nebraska que durante una década se encamina hacia una exploración de la genealogía de la escuela, las disciplinas escolares y de los cuerpos docentes a fin de hilvanar un discurso histórico capaz de alentar una didáctica crítica. Uno de los frutos más destacados es estos afanes fue precisamente la tesis doctoral del profesor Mainer (publicada en 2009, un año después, con el título de *La forja de un campo profesional...*), que, en mi opinión, convierte a su autor en el más competente estudioso del campo de fuerzas en las que se troquela históricamente la profesión docente. Posteriormente, en su *Guardianes de la tradición y esclavos de la rutina...* (2015), se refuerzan las vetas interpretativas cardinales de la existencia de la corporación de los catedráticos de Historia de los institutos. Ahora, sin perder la conexión con esa producción anterior, se dibuja un minucioso y completo cuadro de la vida intrahistórica de los catedráticos en funciones durante la dilatada historia del Instituto Ramón y Cajal de Huesca entre 1845 y 1931. Por cierto, el autor tiene ya en máquinas un segundo libro complementario del comentado, que comprende el lapso comprendido entre 1931 y tiempos más recientes, cuyo título, *Del elitismo a la masificación. Historia y memoria del bachillerato en el Ramón y Cajal de Huesca*, sugiere la plasmación a escala local de la gran transformación que supuso la instalación del modo de educación tecnocrático de masas.

Las coordenadas comunes del Proyecto Nebraska inciden naturalmente en el hecho de que las pesquisas de nuestro historiador se beneficien de categorías heurísticas compartidas previamente, que se han ido perfeccionando en el curso de las diversas investigaciones alojadas en el seno de tal programa de estudio. En efecto, *modo de educación y campo profesional* son las dos columnas conceptuales de un mismo empeño de esclarecimiento. La primera alude a la morfología general de los sistemas nacionales de educación creados en el siglo XIX (que atraviesan un largo periodo bajo dos formas prototípicas, a saber, el *modo de educación tradicional-elitista* y el *modo de educación tecnocrático de masas*), mientras que la segunda entiende la profesión docente como un espacio de fuerzas, de saberes y poderes, que sufre metamorfosis al tiempo que estas también ocurren en la lógica general del desenvolvimiento de los modos de educación.

En tal contexto de cuestiones, la aportación del profesor Mainer ha ido ciñendo su mirada hacia el estudio del cuerpo de catedráticos de Instituto mediante la excelente idea de concretar su pesquisa en el estudio empírico de la historia de un instituto de una localidad y la de su profesorado. Una corporación docente que, además de la propiedad indiscutible de la disciplina que imparte en las aulas, brilla fuera de ellas, con más o menos luz, en los avatares eruditos y políticos de la vida local de las capitales de provincia. Lo investigado en el Instituto de Huesca es un caso paradigmático del protagonismo escolar y extraescolar de ese microcosmos de administradores y máximos oficinantes del conocimiento académico e importantes agentes de la cultura vinculada a los juegos de poder de las oligarquías reinantes en una pequeña capital de provincia.

Vistos los trazos en los que se dibuja una somera descripción del contenido del libro. Como bien significa su autor,

se trata de hacer tres historias en una: la de Instituto, la de sus catedráticos y la de Huesca. Bien es cierto también que el centro de gravedad de esa tríada se vuelca en un inmenso esfuerzo de reconstruir exhaustivamente y a menudo con elegancia y lucidez interpretativa las biografías de treinta y siete catedráticos que pasaron por el Instituto de Huesca entre 1845 y 1931. Ya se puede suponer que para tal labor recurre con frecuencia al inagotable manantial de información depositado en la sección de Educación del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares (AGA), pero también de las no pocas noticias que duermen en el archivo del propio instituto, en el provincial y las sepultadas en la prensa y en los repertorios de historia local y nacional pertinentes. En fin, una colosal recopilación de fuentes e información a las que ha debido domar, podar y reutilizar el profesor Mainer en su narrativa histórica poblada de personajes y sucesos de muy diversa especie.

Como ya apunté, el libro abarca desde la fundación de los centros de Bachillerato en 1845 mediante el llamado Plan Pidal hasta la proclamación de la República en 1931. Por tanto, la mirada se lanza hacia una parte significativa de la evolución del *modo de educación tradicional-elitista*, si bien ya en el primer tercio del siglo XX el cuerpo docente empieza a sufrir algunos incipientes indicios de alteración corporativa, que más tarde modificarán el rostro del campo profesional.

El contenido de esta investigación se organiza por medio de una breve presentación seguida del primer capítulo dedicado a la evolución general del Instituto en el periodo estudiado. A continuación, en los capítulos 2, 3 y 4, que constituyen la columna vertebral de esta obra, se abordan los perfiles biográficos de los catedráticos en tres tiempos sucesivos. Al final, un sintético y valioso anexo seguido de bibliografía, fuentes y onomástico permiten ofrecer al lector o lectora una

muy útil guía cartográfica para comprobar los vericuetos y hontanares de la investigación al tiempo que para localizar a los personajes comparecientes en ella. El autor maneja y superpone dos criterios de periodización: uno largo, el de los *modos de educación*, y otro más corto y de otro carácter (catedráticos de la época isabelina; de la Restauración, y, finalmente, del regeneracionismo). Se diría que estos tres capítulos abordan al cuerpo de catedráticos en tres instantáneas: la formación de una tradición corporativa, la consolidación de un canon socioprofesional y las primeras fracturas de ese canon sometido a las fuerzas opuestas de la tradición y la modernización. La labor del profesor Mainer consiste en urdir un relato en el que la lógica excluyente y segregacionista del modo de educación tradicional-elitista (que establece un sistema dual de escolarización, clasista y sexista) se entrevea y plasme a través de las biografías profesionales de los catedráticos, cuyo *ethos*, pensamientos, actitudes y maneras, se impregna de la racionalidad elitista imperante. Todo ello con el paisaje de fondo, esbozado gracias a una documentada y brillante muestra de la vida local oscense, cuyas normas explícitas e implícitas acompañan a la hora de comprender el mucho protagonismo y el tipo de comportamiento público que los catedráticos tuvieron entre las oligarquías de una pequeña ciudad de provincias. Por cierto, esta idea y este «modelo» es aplicable al estudio de las elites de la inmensa mayoría de las provincias españolas (para todas aquellas que quedaron sin universidad a partir de 1845 y en las que el instituto pasó a ser la institución educativa y de cultura más relevante e influyente).

La ingente tarea documental acarreada en la obra podría ser un obstáculo a la hora de hacerla visible en un todo integrado. Juan Mainer ha optado por convertir el relato biográfico de cada catedrático (ninguna mujer llegó a esa distinción en el periodo estudiado) en la

médula de todo el libro, de forma que los tres capítulos dedicados al profesorado en cada una de las tres etapas se estructuran como una narración de historia de vida expuesta por riguroso orden de antigüedad en el centro. En cierto modo, predomina la forma diccionario (en la que tanta y tan feliz experiencia tuvo ya su autor), es el predominante, si bien en cada una de las tres partes o etapas del estudio existe una explicación previa, a modo de marco interpretativo dentro del que situar las biografías individuales. Al respecto, no me cabe duda de que esta sea una de las fórmulas posibles de embutir en un relato coherente la ingente masa de información cosechada. No obstante, se me ocurren también otras modalidades de expresar el inmenso caudal de información que no necesariamente estuvieran tan apegadas a la fórmula de diccionario biográfico de personajes. En todo caso, a menudo el relato de algunas entradas biográficas alcanza una riqueza y sutilidad de matices dignas de encomio. En cualquier caso, este texto faculta a quien lo lea la posibilidad de navegar por su interior saltando de unas entradas biográficas a otras o de optar por una lectura sucesiva y en continuidad temporal del conjunto. Ambas lecturas se me antojan provechosas. El libro, sin duda, también nos advierte de la importancia que puede llegar a tener en la historia de la educación el método prosopográfico dentro de ese siempre actual debate historiográfico sobre la relevancia de lo individual y lo subjetivo en la aproximación al conocimiento de la totalidad social.

En fin, se debe saludar a esta obra de innegable impronta crítica que huye de la historiografía de patria chica y diti-rámica, esas «aproximaciones blancas» que habitualmente pueblan las historias de «mi» centro y «mi» cuerpo docente. Por lo demás, aquí reside suficiente alma y carga críticas como para poner en solfa esa «ilusión del Estado» según la cual los funcionarios serían depositarios de

una supuesta neutralidad atribuida a la burocracia del Estado. La historia que en este libro se cuenta posee un gran valor empírico para sostener lo contrario y por ello nos invita a no dar por natural lo que se ha construido históricamente. En cualquier caso, el lector o lectora

practicante de la historia de la educación que se interne en estas páginas, coincida o no con su marco teórico, seguro que va a encontrar una información sumamente sustanciosa y relevante.

RAIMUNDO CUESTA